

far, vamos á conseguir positivamente el objeto que los estadistas y militaristas atribuyen á la guerra, que es la paz, pero la paz definitiva, tal y como con admirable sencillez expresan los estatutos de la Confederación Nacional del Trabajo, inspirados en los de La Internacional, y en concordancia con los estatutos de todas las organizaciones obreras que no se han dejado malar por influencias burguesas: *vamos á la conquista de los medios de producción y consumo, indebidamente detentados por la burguesía.*

Somos, pues, luchadores hoy y hemos de pensar en ser pacifistas mañana después del triunfo y tiempo vendrá en que hemos de ser luchadores y pacifistas á la vez. Y no os parezca paradoja esta afirmación, porque hoy la vemos practicada por los emancipados y emancipadores en Méjico, á quienes envío cariñoso y fraternal saludo por ser los primeros trabajadores del mundo que manejan el fusil y el azadón y practican el equitativo tomar del montón según sus necesidades.

ANSELMO LORENZO

CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA

VI

Militarismo

Aplazado fué para esta conferencia el análisis del militarismo. Estudiemos, pues, tan interesante cuestión.

El militarismo es considerado por nosotros como una de las fundamentales instituciones de la presente sociedad, pues tenemos el firme convencimiento de que, al grado de cultura que hemos alcanzado, sin la poderosa organización militar, sostén material de todos los privilegios, ni la clericalia, ni la autoridad, ni la propiedad, subsistirían una hora más: el problema social sería prácticamente resuelto. Bien merece, pues, la atención del sociólogo y la de las clases obreras una institución que tiene tal mérito.

Una cualidad natural del autoritarismo es la imposición de la voluntad de quien lo ejerce. Y como quiera que la imposición excita la resistencia, por el espíritu de libertad natural en todo ser, de ello se sigue la necesidad en que se halla la autoridad de rodearse de la fuerza suficiente para amedrentar á los individuos ó á los pueblos que quiere sojuzgar, hasta el punto de que éstos se consideren impotentes para rechazar al opresor y se resignen á la completa obediencia. Siendo este raciocinio muy lógico, y por demás

abonado por la historia, bien podemos deducir que el militarismo nació y se desarrolló con el autoritarismo.

Así podríamos contar de la casta militar lo mismo que hemos narrado de la casta autoritaria; pues autoridad y fuerza viven en tan estrecha alianza, que no parecen sino un solo cuerpo. La fuerza sigue á la autoridad en todas sus evoluciones, como igualmente participa de sus triunfos y desastres: la dominación es mansa, la fuerza es poco perceptible; la dictadura es violenta, los seides del tirano no se dan punto de reposo en su atropelladora brutalidad; es el gran ambicioso que pretende avasallar el mundo; crecen las hordas devastadoras; un imperio se derrumba, sus regiones se desmoralizan y destrozan; imposible concebir un episodio cualquiera de caudillos, reyes, emperadores ó jefes de Estado, sin destacarse con brillante relieve la fuerza que les acompaña, como la sombra al cuerpo. De modo, pues, que la historia militar es la historia de la autoridad: no pueden separarse; y cuando toquen funerals para el autoritarismo, el militarismo habrá muerto.

En el actual período histórico, época de transición entre el mundo bárbaro y el civilizado, entre el dominio de la fuerza y el poderío de la razón, entre